



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

ALICIA BAJO UN CIELO VERDE ESTRELLADO

Patricia Martín Serrano



DIPLOMA 2014

ALICIA BAJO UN CIELO VERDE
ESTRELLADO

Patricia Martín Serrano

ALICIA BAJO UN CIELO VERDE ESTRELLADO

Patricia Martín Serrano

Estábamos acostados en uno de los bancos en forma de anticuerpo que había en el patio, alargando al máximo el tiempo que nos quedaba para entrar a la siguiente clase. El sol dibujando sombras en nuestras caras. Mi cabeza sobre su abdomen. Sus dedos en mi pelo.

Los labios de Ángel se movían lentamente mientras me leía entre susurros las páginas amarillentas y arrugadas de un viejo ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*. Sonreía cada dos palabras y sus ojos brillaban como si los hubieran hecho de pedacitos de algún cielo de color verde claro.

—Un gran rosal se elevaba a la entrada del jardín: las rosas que brotaban de sus ramas eran blancas, y, sin embargo, tres jardineros parecían empeñados en pintarlas de rojo...

Me había leído la misma historia tantas veces que podía recitarla de memoria mejor de lo que me sabía mi próximo examen de Pediatría; pero eso no era lo importante. No. Lo importante eran los gritos ahogados de la gente reclamando piedras que llegaban desde multiusos, los cristales entrechocando en la cafetería y el ligero olor a curry que impregnaba el aire; lo importante era la brisa cálida del verano, sus latidos en mis oídos y que a él yo le importara tanto que el libro que llevaba mi nombre se había convertido en su favorito.

En algún momento entre la Reina mandando a cortar la cabeza de un puñado de naipes y la pequeña Alicia conversando con el Gato en medio de la partida de croquet, cerré los ojos y me quedé dormida pensando en que ese momento era lo más cercano a la perfección que nadie hubiese inventado jamás.

— ¡Oye, niña, despierta!

Puse un brazo sobre los ojos para protegerme de la luz de la tarde que se colaba a través de mis párpados e ignoré por completo la voz aguda que gritaba en mi oído.

— ¡Niñaaaaaaa!

Entonces la voz empezó a sacudirme con tanta fuerza que por un momento temí que me tirara del banco o me partiera en dos, así que abrí los ojos y me incorporé despacio mientras mi boca se iba abriendo poco a poco para formar una réplica que acabó convirtiéndose en una mueca de estupor.

Ya no estaba acostada en un banco usando a Ángel como almohada. Ya no estaba en la universidad. Y puede que ni siquiera en Gran Canaria.

Estaba sobre un césped descuidado de color azul celeste que se confundía con los bordes de mi vestido que era del mismo color.

¡Un momento! ¿Mi vestido? Habría jurado que yo esa mañana me había puesto unos vaqueros...

Me pellizqué la muñeca para despertar, convencida de que estaba sufriendo un delirio culpa de la insolación y, entonces, al bajar la vista, lo vi. Vi al dueño de esa voz aguda que había fastidiado mi siesta. Apenas levantaba dos palmos del suelo y tenía la forma ovalada de un huevo perfecto, con dos pequeños brazos y pequeñas piernas saliéndole de los lados y un sombrero de fieltro rojo calado con clase sobre unos ojos inmensos que cubrían casi por completo la superficie de su cara; unos ojos que me miraban enfadados y que eran del mismo tono que el cielo que cubría nuestras cabezas.

Ese cielo color verde, difuminado en arcoíris cerca del horizonte, estaba cubierto en cada centímetro por un millar de estrellas que se veían con claridad incluso aunque tres soles brillaban intensamente sobre las copas de los árboles que había más allá.

Estaba claro que ya no estaba en la facultad. ¡Estaba en cualquier lugar menos ahí!

— ¡Niña, éstas no son horas de dormir! —volvió a gritar el Carahuevo.

—No soy una niña. Tengo veintitrés años —le respondí mientras me ponía en pie sobre mis zapatitos negros con hebillas abrochadas sobre unas medias blanca. Genial, iba vestida como la Alicia de la película *Disney*.

— ¡Claro que eres una niña! ¿Qué vas a ser si no? Te ves como una niña, hueles a niña y sueñas como una niña. Además, no es por presumir, pero soy el mayor experto de por aquí en *Niñología* y te digo que eres una niña.

— ¿Es que nunca has visto a un adulto? —pregunté irritada mientras intentaba desenredar briznas de hierba azul de mi pelo.

— ¡¿Un adulto?!

Aunque pareciese físicamente imposible, los ojos del huevo duplicaron su tamaño cuando se abrieron de sorpresa y una nariz que no sabía que tenía se arrugó en un mohín de asco.

— No hay adultos aquí. No nos gustan los adultos. Los adultos no saben cazar dientes de león ni juegan al ajedrez saltando arroyos. No. No puedes ser un adulto ¡Te prohíbo ser un adulto! ¡Eres una niña!

—Te lo he dicho, tengo 23 años. No puedo ser una niña.

— ¿Y eso qué tiene que ver? Créeme cuando te digo que soy un experto en la *Añología* y he llegado a conocer a niños con más de mil años. La edad es sólo un número. Y un número no va a golpearte o a robarte el almuerzo, ¿no? Así que puedes seguir siendo una niña para siempre si eso es lo que quieres. Y como entendido en la materia (y ya te digo que lo último que quiero es presumir), te aconsejaría que lo fueras tanto tiempo como puedas.

—De acuerdo —cedí al fin, dándome cuenta de lo inútil que sería intentar explicarle a un huevo el concepto de mayoría de edad—, seré lo que quieras que sea. Pero deja de llamarme niña, por favor. Tengo un nombre. Me llamo Alicia.

—Vale... Alicia —dijo el Carahuevo mientras una sonrisa enorme se dibujaba en una boca que antes había quedado eclipsada por esos ojos enormes.

—Total, de todas maneras probablemente esté completamente loca...

— ¡Ah! Las mejores personas que conozco están locas.

—Sí, yo también —le respondí riendo, aun siendo consciente de que probablemente nos referíamos a tipos muy diferentes de locura.

En ese momento el huevo dejó de mirarme, recolocó el sombrero sobre su lisa cabeza, inclinándolo ligeramente como para parecer más interesante y empezó a andar con pequeños saltos por un estrecho camino de baldosas amarillas que se abría paso en medio del campo de colores imposibles.

— ¡Hey! ¡Espera! ¿Adónde vas?

— ¿Cómo que adónde voy? —Dijo el Carahuevo mientras se daba la vuelta a cámara lenta y me asesinaba con la mirada—, querrás decir “adónde vamos”, VAMOS. Y además esa es una pregunta muy absurda, como bien sé como reconocido profesional del *Preguntalismo*. ¡Vamos a cazar dientes de león!

Me quedé perpleja unos instantes, con los brazos a ambos lados del cuerpo y la expresión paralizada en el huevo con sombrero que tendía la mano en mi dirección. ¿Yo me

estaba volviendo como una regadera y mi subconsciente se empeñaba en recoger flores?
Alucinante.

—Vas a tener que disculparme, pero no tengo tiempo para ponerme a hacer tonterías con los dientes de león. Tengo que descubrir cómo despertarme de este sueño tan raro. ¿Sabrías decirme dónde puedo encontrar una salida?

—Los dientes de león primero, las salidas después.

Sonaba enfadado.

Resoplé y me agaché para coger entre dos dedos el tallo de una de esas flores blancas.

—Aquí tienes tu diente de león. Ahora llévame a la salida.

Y rompió a reír. El huevo rió como si le hubiera contado el mejor de los mejores chistes del mundo. Hasta tal punto rió que acabó cayendo al suelo con los brazos apretados alrededor de lo que supuse que sería su estómago.

— ¿Qué os enseñan hoy en día en los colegios? ¡No tienes ni idea de lo que es un diente de león, niña!

— No me llames niña. Mi nombre es Ali...

Pero no tuve tiempo de terminar porque el Carahuevo había vuelto a ponerse de pie con una agilidad increíble para alguien de su forma y me había cogido de la mano para echar a correr por el camino, en dirección a los árboles que crecían al borde del campo.

Tras unos minutos de carrera, que se hicieron los más largos y dolorosos de mi vida, ya que el pequeño tamaño de mi nuevo amigo me impedía correrlos erguida y que además había perdido bastante forma física después del último período de exámenes, el huevo se detuvo a unos centímetros de donde empezaba la sombra de los árboles.

Él sonreía como si sus pulmones no estuvieran amenazando con salirse por la boca. Maldito.

—Es fácil, niña Alicia. Para jugar a cazar un diente de león... ¡sólo tienes que coger un diente de león! El primero que consiga uno gana el juego. Creo que hasta alguien con una cabeza tan pequeña como la tuya debería entender un juego tan simple.

— ¡Claro que lo he entendido! —Respondí sintiéndome insultada—. ¡Eso es lo que hice antes! ¡Cogí un diente de león del suelo!

El huevo volvió a reír, pero esta vez, por alguna extraña razón, intentó ahogar el sonido tapándose los labios con sus pequeños dedos.

—Niña Alicia, eso era una flor, ¿o acaso crees que no sé algo tan básico? ¡Por favor, soy un estudioso de la *Florología!* —Hizo una pausa y se rascó la barbilla—. Una flor que me hace estornudar, todo sea dicho de paso. Un león es eso —dijo señalando un punto a sus espaldas.

Aunque seguí con la mirada la dirección de su dedo, al principio no logré verlo de lo inmóvil que estaba, pero de pronto un bostezo y mi corazón dimitió de latir en mi pecho.

A unos metros de nosotros había un león enorme. Enorme según todas las medidas y criterios. Enorme en comparación al león más grande que hubieran echado jamás por el *Discovery Channel*.

Lo que había tomado desde lejos por las copas de unos árboles de colores otoñales no era más que la melena de un animal que podía tener fácilmente la altura de dos veces mi casa. Estaba dormido, o al menos eso aparentaba, y sus bigotes de diez metros de largo se estremecían cada vez que el aire salía entre esas fauces por las que asomaban unos colmillos mayores que yo misma.

—Tienes que estar de coña...

— ¡Vamos, niña Alicia!

Y, antes de que pudiera hacer algo por evitarlo, el huevo cogió una piedra del suelo y se la lanzó al león, acertando de pleno en el centro de su inmensa nariz. Por un instante pareció que la bestia no había notado el guijarro a través del medio metro de grosor que probablemente tendría su piel, pero unos segundos más tarde unos ojos de pupilas amarillas rasgadas y tan grandes como las entradas de los túneles de Julio Luengo se abrieron.

Respiré cólera y muerte en el aire.

Si no me hubiera creído soñando probablemente me habría hecho pis encima.

— ¡Recuerda: el primero en coger el diente de león gana, niña Alicia!

El huevo dio un par de saltitos en el lugar, sonriendo con más alegría y sinceridad que un niño de dos años con un juguete de colorines que hiciera mucho ruido, y después echó a correr campo a través. Sólo cuando pasaba por una zona donde la hierba era más baja lograba atisbar algún pedazo de fieltro rojo zigzagueando entre las piedras.

Me di la vuelta lentamente y volví a mirar al león. Las rodillas me temblaron y cuando el animal se puso en pie terminaron de fallar, derribándome con más facilidad de la que hubiera tenido el viento con un pedazo de papel.

Erguido el felino era, definitivamente, mucho más grande que mi casa subida a las espaldas de otra como ella.

Me olvidé de cómo respirar mientras daba un paso en mi dirección y su aliento caliente me rozaba las mejillas.

Después, de algún rincón de mi cuerpo que desconocía tener, brotó algo de locura o valor. No sabría decir con precisión cuál de los dos.

—Disculpe señor León pero, ¿sería usted tan amable de dejarme en préstamo uno de sus dientes? Es para un juego. Se lo devolvería enseguida, se lo aseguro. Y usted podría volver a dormir tranquilamente su siesta sin ninguna clase de molesta interrupción.

El león agachó la cabeza en mi dirección hasta apoyar el mentón en el suelo y lograr poner sus ojos a la altura de los míos. Por un momento pareció que se planteaba mi proposición y se disponía a decir algo, pero luego recordó que era un león y que los leones no hablaban, ni siquiera en los sueños más extravagantes del mundo. Y el rugido más temible de entre todos los rugidos salió desde el fondo de su pecho e hizo que me temblara la columna vertebral.

—Supongo que eso es un no...

El animal abrió del todo la boca, de modo que la arcada superior de sus dientes despeinaba mi cabello y volvió a rugir aunque esta vez con menos intensidad, no como si estuviera enfadado, sino más bien como si se acercara la hora de la merienda y se hubiera olvidado el sándwich de pavo sobre la encimera de la cocina.

— ¡Corre, niña Alicia! ¡Así no vas a ganar!

Lo último que vi antes de perder el conocimiento fue la campanilla del león cada vez más cerca de mí y un tubo negro sin fin abriéndose a mis pies. Ni en un centenar de años habría adivinado que iba a morir siendo el tentempié de un gatito del tamaño de un dinosaurio.... ¡Ni en un centenar ni en un maldito millón de años!

—Shhh, Bella Durmiente, vas a llegar tarde a clase.

El índice de Ángel daba suaves golpecitos sobre la punta de mi nariz y su cara ladeada sobre la mía me anclaba en el fondo de sus iris del color del cielo de mi país de las maravillas.

—He tenido un sueño de lo más extraño: el cielo era verde, el campo azul y había leones del tamaño de un edificio.

— ¿Salía yo? —me preguntó sonriendo divertido. Él ya estaba más que acostumbrado a que yo soñara las cosas más extrañas.

—Sí... creo que sí. Aunque eras una especie de huevo gigante con bracitos y piernecitas.

— ¿Un huevo? ¿En serio? Creo que acabas de asesinar mi amor propio.

—Anda, no seas tonto —dije mientras me levantaba lentamente y pasaba los dedos por la maraña enredada de mi pelo, casi intentando encontrar en ella césped azul o algunos pétalos fugitivos del diente de león—. Eras un huevo muy simpático.

Entonces sus ojos se estrecharon hasta convertirse en una ranura, como si estuviera planteándose si asesinarme o darme un beso, y unos segundos más tarde su mano encontró mi cintura y la risa el camino para salir de su garganta.

—Anda vamos Carroll, que vas a llegar tarde a Endocrino.

Ángel tiró de mí para levantarme, pero yo cerré los dedos en torno a su muñeca y negué lentamente.

—Vamos a quedarnos aquí un poco más, por favor.

— ¿Se está bien, eh?

—Muy bien.

Y los dos sonreímos a la vez.

Sus dedos volvieron a estar en mi pelo y mi cabeza sobre su abdomen, sólo que esta vez no había lectura en voz alta. Sólo ruidos de fondo y reflejos de la luz de la tarde en las ventanas de los edificios.

—Oye, respóndeme una cosa, ¿para ti qué es un diente de león?

— Es una flor, ¿no? —respondió él extrañado, dejando de acariciarme por un segundo o dos.

—Sí. Es una flor.

—Anda pequeña soñadora, cuéntame lo sexy que era ese huevo con el que soñaste.

Y se lo conté.

Nos mecían los gritos y el sonido casi imperceptible de las olas del mar. El aire olía a curry. Sus ojos brillaban como si los hubieran hecho de pedacitos cielo verde claro.